

Las agricultoras del altiplano

Perú, el tercer país en tamaño de América del Sur, tiene el menor porcentaje de tierra de labranza del mundo (sólo 35 250 km² de su superficie terrestre total de 1,3 millones de km²), el resto es desierto, selva o sierra. Poco menos del 50 por ciento de sus 17 millones de habitantes viven en las tierras altas extrayendo a duras penas la subsistencia de una tierra pobre en los valles densamente poblados. Es un país de déficit alimentario crónico, en el que el PMA y varias organizaciones bilaterales y voluntarias apoyan grandes proyectos de alimentos por trabajo para el desarrollo comunitario y agrícola y para la alimentación de madres, niños y hospitales. El Programa Mundial de Alimentos participa con ayuda alimentaria por valor de poco más de 23 millones de dólares. Daphne Wilson-Ercoli, oficial de relaciones exteriores de la sede del PMA, visitó recientemente el país para estudiar en particular el trabajo de las campesinas.

La carretera de Lima, la capital, a través de las montañas hasta el fértil valle andino del Mantaro, va desde el nivel del mar hasta cerca de 5 000 metros de altura en las primeras tres horas del viaje en automóvil y atraviesa el puerto de carretera más alto del mundo. A esta altitud el aire está enrarecido, la cabeza da vueltas, todos los movimientos aceleran los latidos del corazón y hay que tomar las cosas con mucha calma. Algunos viajeros sufren intensamente de soroche, que produce vómitos, dolores de cabeza cegadores e incluso ataques cardíacos.

En el puerto el paisaje es grandioso: enormes extensiones desnudas, azotadas por el viento; rocas pardas y hierba amarilla quebradiza donde las llamas resistentes pacen en el viento frío mirando con ojos de pestañas largas y poco curiosos a los que pasan. Todo rodeado de majestuosas montañas, algunas cubiertas de nieve perpetua y al mirar hacia atrás da el vértigo la vista de la carretera que baja serpenteando por la fuerte pendiente del desfiladero.

Atravesamos la población minera más alta del mundo — un lugar desnudo, frío, sucio. La escena es de desolación total... esqueletos de maquinaria negra, chimeneas altas, montones de escorias negras y un río, al que las descargas industriales han dado un color naranja, que seguimos durante cuatro horas según

desciende para contaminar las tierras de labranza más abajo y finalmente descargar su veneno brillante en el Amazonas.

El valle alto

Es un alivio descender al aire más respirable del valle del Mantaro. Por todas las pendientes que bordean la carretera hay mujeres con rebaños de ovejas, cabras y llamas. Las mujeres son pequeñas y robustas, vestidas de colores deslumbradores, con faldas múltiples y sombreros coquetos. Las hay también harapientas y con frecuencia descalzas y sus caras y manos, curtidas por la intemperie, parecen cuero seco ondulado. Casi todas llevan un mantón tejido de franjas brillantes que, anudado en el pecho, forma en la espalda un saco en el que llevan un niño pequeño, o leña o un saco de papas. Mientras caminan o están paradas, hilan o tejen. Sus manos nunca están ociosas.

Más abajo el valle se abre, se enverdece, adquiere gran belleza y está intensamente cultivado, con campos divididos con frecuencia por cortavientos de airosos eucaliptos. Estamos todavía a más de 3 000 metros sobre el nivel del mar. Los principales habitantes del valle son los descendientes de las tribus dóciles y pacíficas originales que gobernaban los Incas en los días de la conquista española a principios del siglo XVI.



La agricultura en el altiplano deja muy pocos beneficios y los hombres emigran, dejando que las mujeres trabajen la tierra. Las mujeres cuidan principalmente los hatos y rebaños
Foto: J. Van Acker

Las mujeres son los agricultores

Las mujeres hacen casi todos los trabajos agrícolas: hacen la sachadura con grandes aperos de aspecto tosco, siembran, escardan, ponen la cosecha de maíz a secar y cuidan de las vacas y las ovejas. Los hombres aran con

bueyes y dan vuelta a la tierra con el antiguo arado de mano de los Incas, el « chaquitaolla ».

Al visitar los dispensarios y grupos femeninos en las aldeas en torno a la gran población comercial de Huancayo, que es la capital del departamento de Junín, hablé con algunos de los

nutricionistas y agentes del Ministerio de Salud Pública encargados de la distribución de los suministros del PMA de acuerdo con un proyecto de ayuda a los grupos vulnerables. Las mujeres llegan el día acordado a recoger su leche seca, harina de maíz y soja, aceite vegetal y pescado

enlatado. Reciben estos alimentos porque están gestando, tienen un hijo de menos de dos años o uno malnutrido de menos de seis años de edad.

Por todas las salas de espera y corredores abarrotados y ruidosos parecía haber niños gateando o llorando. La cuarta parte de la población tiene menos de seis años y el 46 por ciento de las mujeres son todavía lo bastante jóvenes para tener hijos. La muerte de niños de menos de cinco años representa casi la mitad de la mortalidad total. Me dijeron que « la muerte de un niño la aceptan las campesinas como una cosa natural e inevitable ». Conocí madres de seis hijos que esperaban el séptimo, pero algunas hablaban de los varios hijos que habían muerto.

Una « dimensión del desarrollo » para los programas de alimentación

En los últimos años se ha debatido en el PMA la necesidad de dar una « dimensión del desarrollo » a los proyectos de alimentación de madres y niños. Los críticos han mencionado que las madres pobres que reciben alimento durante la gestación y los primeros años de sus hijos y que durante ese período no adquieren la capacidad para alimentar mejor a sus hijos, se encontrarán en una difícilísima situación cuando se les acabe el derecho a los alimentos gratuitos. De aquí el interés actual en que las mujeres hagan el mejor uso posible del tiempo que están en los dispensarios, no sólo para comprobar su salud y la de sus hijos, sino también para inculcarles algunos conocimientos que les den mayores posibilidades económicas más adelante.

Los alimentos por trabajo las anima a ser activas

En el dispensario de la aldea de San Jerónimo de Tunan había un grupo activo de mujeres re-